

**Bernardo Kordon**

**Fuimos a la ciudad**

*De Todos los cuentos*, Corregidor, Buenos Aires, 1975.

Todo empezó cuando mi hermana volvió a casa. Papá la vio venir y saltó de la sillita de paja. Agarró la muleta y salió con cara de cabrero. No fue lejos: allí quedó bajo la sombra del espinillo. En cambio mi mamá gritó Florinda y se abrazó con mi hermana.

Venía con un vestido verde cotorra y zapatos nuevos. Se veía linda con la cara blanca de polvo, y la boca colorada y jugosa como tajada de sandía. Parecía la señorita de la escuela, o la hija del boticario; en fin, una de esas que andan a los saltitos y parecen tan buenas. Pero mi hermana es diferente. Dijo que tenía que hablar con mamá y me echó del rancho.

Siempre fue así. Cuando íbamos a la estación a vender quesillos me cargaba con todo. Ella caminaba adelante, sin otro trabajo que mover el culo y arrastrar los pies en la tierra, gozando el fresco de la noche. Después esperábamos el tren, a veces horas enteras, pero ella no charlaba con las otras vendedoras, sino que se trenzaba con los muchachos y en especial con el Cholo, dejándome el cuidado de los quesillos, y ojo con alejarme de la canasta, porque podían robarme y entonces pobre de mí.

Siempre quise saber lo que hacía mi hermana, y sobre todo ver la cara que ponía. Pero al volver a casa la desgraciada ya no iba adelante, sino detrás de mí y entonces no podía ver lo que hacía con el Cholo, que siempre la acompañaba hasta cerca del rancho. Apenas me detenía o daba vuelta la cabeza, me gritaban que siguiera adelante, así como se asusta a un perro, y me tiraban piedras para hacerme correr. Lo que me daba más rabia era que el cascotazo en la espalda o en las piernas me lo acertaba el Cholo, pero más sentía la risa de mi hermana, una risa alargada que no terminaba nunca, que me duraba en los oídos hasta después de llegar al rancho.

Así era mi hermana hasta que un día alguien se la llevó, y no fue el Cholo, quien siguió en el pueblo repartiendo pan en su carrito, sino un camionero de Rosario, y para colmo casado, que la dejó en mitad de camino, en Córdoba. Desde allí se fue sola a Buenos Aires. El problema era tener una pieza: se puso de sirvienta y todo arreglado. Y al llegar las vacaciones vino de visita al rancho porque tenía ganas de vernos a todos. Esto le contó a mamá mientras yo escuchaba acurrucado debajo de la ventana. Y mamá le dijo que todo seguía igual que antes, mejor dicho algo peor, porque sólo quedaba yo para vender quesillos en la estación. También dijo que el viejo no perdonaba a Florinda; ya no se vendía tanto y no era lo mismo, porque una muchacha que sale de noche a ofrecer quesillos al paso del tren puede vender mejor y siempre encuentra el modo de conseguir una ayudita más. Por eso el viejo andaba sentido de tanta ingratitud y sólo quedaba yo para traer unos pocos pesos que cada día alcanzaban para menos. Mi hermana contestó que el viejo era un egoísta, que nunca le importó que sus hijas anduvieran sin zapatos y se les formaran costras en las patas, y por eso se fueron todas. Que quizá yo me quedara, pero solamente

hasta que me hiciese grande, y eso porque era muy pelotudo, pues a mi edad otros chicos del pueblo sabían rebuscárselas muy bien y sin ayuda de nadie, y yo apenas si sabía malvender y dejarme robar los quesillos más frescos del pueblo. No me gustó que mi madre no dijese nada en mi defensa. Entonces levanté la cabeza y espié por la ventana: mi madre movía la cabeza como diciendo que sí, que yo era muy pelotudo. Algo había de cierto, porque no bajé la cabeza a tiempo, y mi hermana me vio, gritó sinvergüenza y buscó algo en el suelo para tirarme a la cabeza. Tuve que salir corriendo. ¡Otro golpe en el lomo! Esta vez fue un zapato viejo. Me di vuelta y vi a mi hermana con los labios y los ojos apretados. Ahora no se reía como cuando el Cholo me acertaba con un cascotazo, y esa cara me pareció peor que la risa.

No me atreví a acercarme otra vez para espiar y no supe cómo siguió la charla. Fui al fondo. Allí estaba papá dando vueltas los quesillos que se secaban al sol. La tierra reseca me quemaba los pies. En cambio el viejo parecía lo más campante. El solo pie que tenía era rugoso, negro y lleno de grietas, igual al fondo del río cuando la gran seca. Pero ese pie tenía el grosor y el aguante de dos, como si allí guardase la fuerza de la pierna que le llevó el tren cuando yo aún no había nacido. En cambio el viejo era flojo de los ojos y eso que tenía los dos. Le lagrimeaban por cualquier cosa; por el sol o cuando se le iba una hija.

Me pidió que le diese la mano. Me lo dijo de modo extraño, como queriendo hablar de hombre a hombre. En realidad no había gran trabajo que hacer, de modo que no comprendí en qué podía ayudarlo.

—Ahí está la Florinda —me dijo—. Tus otras hermanas se fueron para siempre. ¿A qué mierda volvió ésta?

Me encogí de hombros. Lo que había escuchado no fue gran cosa, pero esa cara apretada de rabia no era para esperar cosas buenas de mi hermana. Preferí no decirle nada al viejo y silenciosamente acomodamos los quesillos frescos en la canasta.

Al caer la noche mamá nos llamó a comer. Fuimos despacito, como si no ocurriese nada nuevo, el viejo adelante, con esos saltos que daba sobre la muleta que él mismo se talló en algarroba.

Esa mesa parecía de velorio, dos botellas de vino y muchas cosas ricas que mi hermana trajo de Buenos Aires, pero nadie se mostró alegre. Todos comimos callados hasta que empezó mamá.

—Florinda nos trae los saludos de la Herminda.

—¿Qué hace? —gruñó el viejo sin levantar la vista del plato.

—Vive en Buenos Aires y tiene dos hijos.

—¿Dos hijos de quién?

Mi madre no supo o no quiso responder. Le dio con el codo a mi hermana, para que ella continuara.

—Está lo más bien y les manda recuerdos —siguió Florinda—. Dice que sería lindo que nos juntáramos de vuelta toda la familia.

El viejo hizo como si no escuchase nada y torció la vista hacia mamá:

—¿Qué hace la Herminda en Buenos Aires?

—Dicen que tiene una casita. ¿Por qué no le preguntás a Florinda? Es ella quien la vio.

El viejo pasó por alto la alusión, llenó el vaso de vino y lo tomó sin un respiro. Seguimos en silencio y casi sin mirarnos. Finalmente dije:

—Voy a la estación con los quesillos.

Entonces el viejo me miró, creo que con agradecimiento, y eso me llenó de orgullo. Invité a mi hermana.

—¿Me acompañás?

—¿A dónde? —y se le torció la jeta pintada.

—A la estación.

—¡Estás loco!

Mi padre se revolvió en la silla como si le hubiesen escupido en la cara.

—Antes te divertías en la estación —le recordé a mi hermana.

—Antes fui una estúpida.

—Si me acompañás vas a encontrarte con el Cholo. Siempre me pregunta por vos.

—¡Bah! —se rió ella—. ¡Pobre piojoso!

Entonces me convencí que la Florinda había cambiado. Ahí estaba tan dura como la muleta del viejo, pura algarroba fría en lugar de un corazón caliente. Antes me hubiese gustado ver lo que hacía mi hermana, y la cara que ponía con el Cholo cuando venían agarrados detrás de mí y de pronto desaparecían en el monte y se los tragaba el canto de las chicharras. Esto recordaba mientras caminaba hacia la estación con la canasta de quesillos en el brazo. Las chicharras en la tierra y las estrellas en el cielo: tal como debe ser. Solamente mi hermana había vuelto más rara que nunca y con ganas de revolverlo todo.

En la estación se me acercó el Cholo.

—Me contaron que en el ómnibus llegó tu hermana. ¿Por qué no vino a verme?

—No quiere venir a la estación —le conté—. Dice que no volvió al pueblo para ver a ningún piojoso.

El Cholo aguantó las ganas de sacudirme una bofetada:

—Así me contaron. Que volvió hecha una porquería: hasta con sombrero. Pero vas a ver: aquí le vamos a enseñar.

Ganas tuve de ofrecerle ayuda, pero el Cholo se dio vuelta y buscó a sus amigos. Al rato todo el grupo comentaba en la parte más oscura de la estación, por la punta donde aparece el tren de Buenos Aires. Solamente les veía chisporrotear los cigarros de chala con anís. Me acerqué con cuidado, dando vuelta a la letrina.

El Cholo parecía cabrero, pero los otros reían.

—Esto se arregla fácil —le escuché al gordo Roque—. La esperamos todos en el camino y la aprovechamos bien aprovechada. ¡Y después que siga haciéndose la porteñita nomás!

Había podido escuchar más, pero siempre esas cosas me salen mal. Yo estaba bien escondido; la macana fue que dejé la canasta a la vista.

—¿Qué hacés ahí? —me retó el Cholo—. ¿Andás espiando?

—Me duele la barriga —se me ocurrió.

—Entonces entrá en el servicio, no lo hagás afuera.

Por suerte llegó el tren de Tucumán y corrí a vender los quesillos. Pero ya me habían robado unos cuantos. Seguro que fue el gordo Roque. Sin embargo no le tuve bronca, porque me pareció bueno su plan.

Cuando volví a casa la conversación seguía adelante. Mi hermana hablaba con tono triunfal y al viejo le lagrimeaban los ojos. Pero esto le pasaba casi siempre y lo realmente importante me lo dijo mi hermana:

—Nos vamos todos a Buenos Aires.

—¿Qué les parece? —preguntó mamá.

Mi padre hizo no con la cabeza. Quiso hacerse escuchar. Pero quien habló fue mi hermana, con esa voz prepotente que trajo de Buenos Aires:

—Para empezar la Herminda nos ofrece su casa. ¿Qué más quieren? En su lugar otros estarían bailando en una pata. Allí hay trabajo y plata para todos.

Mi padre no dijo nada. Agarró la muleta y salió afuera. Nadie le hizo caso. Mi madre me reclamó la plata. La contó y le pareció muy poca.

—¿No vendistes nada?

Tuve que decirle que me habían robado algunos quesillos. Y que cuando llegó el tren yo estaba en la punta de la estación, porque me dolía la barriga, y entonces los otros vendedores me madugaron.

—¿No te dije, mamá? —explotó mi hermana—. ¡Es muy pelotudo!

Ni abrí la boca y me senté en el banco del rincón. Allí quedé calladito, mirando el suelo, rogando que no fallase el plan de Roque y los demás.

Al día siguiente apareció el Cholo con su bicicleta nueva. Una hermosa máquina, toda niquelada y llena de cintas. A mi hermana no le pareció nada del otro mundo. Recibió al Cholo y a su bicicleta con cara de palo:

—¿A qué venís?

—A saludarte. ¿Se te olvidó que somos amigos?

El tipo se había endomingado con pañuelo al cuello. Bajo el sol le chorreaba la gomina. Sonreía como un artista de cine.

—¡Pucha que te ves linda!

—¿No me digas? —se burló mi hermana.

—Vengo a invitarte.

—¿A ver pasar el tren?

—Se ve que ahora sos forastera: esta noche no hay tren. Lo que quiero es llevarte a la confitería.

—¿Desde cuándo vas a la confitería?

—Desde que dejé el reparto de pan. Ahora soy empleado, ¿sabés?

—No sabía.

—Y bueno, a eso vengo, a invitarte para la confitería.

—Podemos ir esta tarde.

—A la noche es mejor —propuso el Cholo—. Hay baile y es más pituco.

—Vení a buscarme nomás.

Al anoecer mi hermana se pintó y se puso el vestido verde y los zapatos nuevos. Me vio dando vueltas por el rancho y me advirtió:

—Vos ya sos grande para andar detrás de mí. Así que nada de chiquilinas. ¿Entendido?

Me fui al fondo, a ayudar al viejo. Cuando volvimos al rancho mi hermana ya había partido. Mamá sirvió la sopa. La tomé tan apurado que me quemé la lengua. Me escabullí y eché a correr por el camino del pueblo.

Después de pasar el cruce vi un bulto en el costado del camino y ahí quedé clavado como un burro empacado. Era la bicicleta del Cholo. ¿...Dónde diablos estaban? Nunca tuve tantas ganas y tanto miedo de ver lo que pasaba. Me fui metiendo en el monte. En un claro se veían las siluetas silenciosas y cabizbajas, seguramente alrededor de mi hermana, como si velaran a una difunta.

Parecían un grupo de caballos pastando en la oscuridad del monte: silenciosos, lentos y a veces quejumbrosos.

Retrocedí para no ser visto, aunque algo cada vez más fuerte me tiraba hacia adelante. El corazón me golpeaba como un tambor y las rodillas empezaron a temblarme. Me abracé a un árbol y me pareció que ese tronco también comenzaba a temblar y a sacudirme cada vez más fuerte. Estuve a punto de gritar y entonces mordí el tronco. De pronto el árbol y yo quedamos quietos y caí al suelo, aliviado del ahogo, pero tan cansado que me creí morir. Desde allí sentí los pasos de los muchachos que salían al camino. Mi hermana venía atrás. Largaba un lloriqueo de nena y de pronto puteaba a todos con alma y vida. El Cholo montó en su bicicleta y partió adelante. Los otros lo siguieron con la cabeza gacha, sin esa alegría que tenían en la estación. Yo seguí en el suelo y los dejé alejarse. Después me fui detrás de mi hermana.

Hacía mucho calor y el viejo dormía bajo el alero. Al lado estaba mi catre. Me acerqué a la ventana y escuché:

—¡Mirá cómo me dejaron el vestido! —chillaba mi hermana—. ¡Ojalá ahora mismo revienten todos los del pueblo!

Levanté la cabeza para espiar por la ventana. Mi hermana estaba de espaldas. En pura enagua revisaba los rasgones de su vestido nuevo. La lámpara de querosene le iluminaba el pelo lleno de abrojos y la parte del culo con tierra y hojas secas.

De pronto se dio vuelta y me miró muy fiera:

—¿Qué te pasa ahí?

Me sentí muy tranquilo:

—A mí no me pasa nada. ¿Y a vos?

Me miró con cara de loca. ¡Pucha que estaba fea! Fue ella quien apartó la vista.

Me acosté bajo el alero, al lado de mi padre que se hacía el dormido.

De pronto mi hermana pareció retomar fuerzas, se asomó a la ventana y nos gritó:

—¡Nos vamos para siempre de este pueblo de mierda!

Y así no más fue. En un par de días llenamos las bolsas con ollas, platos y otros trastos y envolvimos los catres. El viejo seguía haciéndose el dormido cada vez que le hablaba Florinda.

A mí me dio lástima dejarlo con su sola pierna y esos ojos que le lagrimeaban por cualquier cosa. También me daba pena dejar la estación y el pueblo, y nunca más vender quesillos en el tren de Tucumán lleno de gente soñolienta y bromeadora. Pero también era cierto que me crecía una gran curiosidad por conocer Buenos Aires y eso lo sentía como cosquilla, igual a las ganas de otros tiempos de ver cómo lo hacía mi hermana con el Cholo.

En cambio el viejo no quería saber nada de nada. Ni siquiera fue a la estación a despedirse. Se quedó en el catre, haciéndose el dormido. Yo le dije:

—Ahora me voy con Florinda y mamá. Mañana viene la Hortensia y el Pancho. Les expliqué que usted queda solo. Me prometieron acompañarlo a la estación todos los días. Así lo ayudan, porque de algo tiene usted que vivir. Eso les dije y me prometieron venir todos los días.

Entonces dejó de hacerse el dormido y me dijo que yo era un buen hijo. Estuvimos a punto de abrazarnos, pero en ese momento mi hermana me gritó que se hacía tarde, y teníamos que cargar los bultos hasta la estación. Al llegar allí nos esperaban todos: desde el Cholo y el gordo Roque hasta las viejas vendedoras de empanadas. Nos dio lástima dejar ese pueblo donde nos querían tanto. Hasta mi hermana se veía emocionada en el momento de partir el tren. Pensé en el viejo: a lo mejor tenía toda la razón al no querer abandonar su rancho.

El tren empezó a andar y todo resultó peor: había mucha gente y ninguna cara conocida. Me sentí como si no fuese nadie, apenas un bulto más en el vagón repleto.

Cuando amaneció ya no había montes, sino la pampa verde llena de trigo, maíz y muchas vacas. ¡Qué grande es el país! Y las ganas de llegar a Buenos Aires se derretían con el calor y se olvidaban con el cansancio.

En verdad no fue nada divertido. Después de una noche larguísima y un día entero de tren, se deja atrás Córdoba y Rosario y de vuelta aparecen mucha gente y casas grandes que no terminan nunca y entonces es Buenos Aires. Pero ya era noche otra vez. En la estación Retiro nos esperaba mi otra hermana, la segunda, con un muchacho compadrón que manejaba una camioneta. Y seguimos viajando, ahora por la ciudad, hasta que llegamos a la casa de la Herminda.

Eso de casa es un decir, porque se trataba de una casilla de madera. Ya no se veían casas grandes, ni tantas luces. Nos rodeaban otros ranchos, apretados unos contra otros como ovejas con miedo. Quise preguntar muchas cosas, pero en seguida me mandaron a bajar los bultos del camioncito y después a la cama.

Quien me explicó algunas cosas fue Tito el Patas Chuecas. Vivía en un ranchito vecino y al principio no supe por qué le llamaban el Patas Chuecas. Tuve ganas de preguntarle, pero me aguanté.

Tito tenía la maña de mover siempre la boca como si comiese todo el día. Hablaba a toda velocidad y por la nariz. El primer día no le entendí nada, pero igual nos hicimos amigos. Quiso saber de dónde veníamos y qué hacíamos. Estos porteños siempre preguntan cosas y es para burlarse de uno. No le conté nada. Días después me preguntó si quería ir al centro. Le contesté que sí pero que no tenía plata. Entonces me entregó cincuenta pesos:

—Agarrá esto y me lo devolvés después.

Subimos en el ómnibus 150 y nos bajamos en Congreso para caminar por la calle Rivadavia. De pronto Tito comenzó a revolear las piernas como si le fallasen las visagras, y a ladear el cuerpo como un contrahecho. Extendió la mano y en ese mundo de gente no faltaron quienes le dejaron unas monedas.

Al principio me dio susto verlo renguear; me acordé que lo llamaban el Patas Chuecas y me entraron ganas de reírme. Pero la gente es rara: ni susto, ni risa. Nos miraban como si no existiéramos, a veces con un poco de lástima y nada más.

—Estirá vos también la mano —me murmuró Tito. No lo quise hacer, pero el otro era más grande y me echó una mirada de bronca:

—¡No te hagás el delicado y pedí sin asco!

Compuse mi mejor cara y estiré la mano. Todos pasaban sin mirarme, pero de pronto me encontré con una, dos, tres monedas. Casi me atropellaban, como si no me viesan pero a veces se paraban y volvían atrás para darme algo. Comprendí entonces que esos tipos no tenían ganas de dar limosnas, pero que al pensarlo un poco veían la conveniencia de hacerlo, porque después seguían su camino con la cara de haber hecho un buen negocio con una sola moneda. Esto me dio ánimo, porque algo les estaba dando, sin contar que me resultaba más provechoso que vender quesillos.

Al rato volví a encontrarme con Tito a mi lado y me dijo que ya estaba bien. Nos sentamos en una lechería. Pedimos café con leche y doble porción de medialunas con dulce de leche. Después contamos la plata.

Como siempre, Tito no dejaba de mover la boca, pero ahora ponía la cara de masticar algo muy amargo:

—¿Te das cuenta? Hicistes más que yo.

Me clavó una mirada fría y venenosa:

—Claro: sos más chico. ¡Y con esa cara de recién caído del catre!

Le quise devolver los cincuenta pesos que me prestó, pero me dijo que no, porque éramos socios. En cambio me reclamó la mitad de lo que tenía. Le contesté que esa plata era mía y solamente mía. No nos peleamos porque le pagué los dos cafés con leche y todo lo demás. Después caminamos hasta Plaza Once. Entramos en una heladería. Comimos helados tras helados, de siete clases, hasta sentir la panza hinchada y dura como un tambor. Ya era noche cuando fuimos a sentarnos en la plaza. Aunque también los helados los pagué yo, el Tito todavía parecía cabrero. Me mostró la plaza inmensa y la ciudad que nos rodeaba como un monte de luces:

—Por aquí siempre anda tu hermana.

—¿La Florinda? —le pregunté.

—A lo mejor ella también viene. Pero a quien veo siempre es a la Herminda. ¿O no sabés que sale a yirar todos los días?

Sabía de qué se trataba, pero me hice el desentendido. Tito no se dio por vencido y empezó a explicarme con lujo de detalles. Claro que lo hizo adrede para humillarme; me contó el recorrido que hacía mi hermana por Rivadavia, desde Congreso hasta Once, y después por Pueyrredón hasta Sarmiento. Tuve ganas de preguntarle otras cosas, pero la calle terminaba de enseñarme la lección: calladito y con cara de ángel todo iba a salir de lo mejor.

Esa noche mamá me esperaba con susto.

—¿Dónde estuvistes?

No le conté nada. Dejé hablar a la vieja. La pobre no parecía nada contenta. Tenía la obligación de cuidar los hijos de la Herminda, dos mocosos roñosos y llorones, y lavar y planchar toda la ropa, y cuidar la casa todo el santo día y buena parte de la noche, porque mis hermanas llegaban siempre muy tarde.

—Pero estamos en Buenos Aires y todo va a cambiar para mejor, ¿verdad hijo?

Imité al viejo: me hice el dormido y no contesté nada.

Días después la Herminda dijo que el tipo del camioncito podía darme trabajo, claro que ganando poco. Contesté que no, y cuando me preguntaron por qué no dije nada y miré a otro lado. La Herminda me amenazó:

—¿No pensás pasarla de vago, verdad? ¡Aquí todos debemos arrimar el hombro!

Esa tarde salí a escondidas como siempre con el Tito y fuimos a limosnear por Congreso. Por Callao llegamos hasta Santa Fe, y seguimos hasta Retiro. Volvimos en un ómnibus 150, muy cansados pero con los bolsillos repletos de guita.

Al día siguiente saltó la bronca al atardecer. La Herminda vino a buscarme en el baldío donde me encontró mirando un partido de fútbol. Casi arrastrándome por el suelo me llevó al rancho. Ahí me esperaba toda la familia. La Herminda comenzó por sacudirme un par de bofetadas que me soltaron los mocos. Apreté los dientes para no largarme a llorar como lo hacían los dos mocosos de mi hermana en el fondo del rancho.

—¡Porquería! —me chilló—. ¡El Cacho lo contó todo! Te vio limosneando con el Tito y los siguió con el camioncito varias cuadras.

Ni abrí el pico para decir ay y eso desesperó a mi gente.

—¿Cuánta plata hicistes en todos estos días? —me preguntó la Florinda. Me agarró de una oreja y empezó a retorcerla.

—¿Dónde escondés la guita? —y la Herminda me sacudía el brazo como si quisiera arrancarlo.

Mamá se puso a implorar:

—¿Por qué hijito no entregás esa plata?

No contesté a los golpes de mis hermanas; menos me dolió el ruego de mi madre. La Herminda me sacudió otro par de bofetadas y se apartó como para verme mejor la cara:

—Ya sé: te dejastes cafishear por el Tito. ¿Qué clase de maricón sos? ¡Ah, pero el Tito no se me hace el vivo! ¡Lo voy a buscar ahora mismo!

Entonces se me soltó la lengua:

—Al Tito nunca le di nada. Toda esa plata la gasté yo. En helados, masitas, naranjadas, y tantas otras cosas.

—¿Gastastes todo, todo? —se lamentaron como si los golpes los hubiesen recibido ellas y no yo. Cerré la boca y esperé que se cansaran de chillarme y pegarme. Al fin me dejaron solo con mamá, por si ella me hacía hablar con sus lloros. Pero yo usé el remedio que aprendí del viejo: me hice el dormido, con la boca abierta y la cara de chango bueno: el mismísimo gesto que usaba para pedir limosna.

Mientras tanto pensaba que ya había llegado el momento, y esto no lo sabía el Tito, ni nadie. Apenas si yo podía sospechar lo que ocurriría en adelante. Todo resultaba como tantear un camino en la noche que ya caía sobre la villa miseria.

Era necesario hacerlo ahora que mis hermanas salieron al centro y mamá se caía de sueño. Esperé que se quedara dormida en la cama grande, junto a los dos cachorros de la Herminda. Entonces me levanté. Ya tenía la costumbre de caminar de noche por el rancho como si no pasase nada, igual que un gato o un ladrón. Con los ojos cerrados o abiertos a la oscuridad sabía llegar hasta el gallinero vacío del fondo. Allí levanté uno, dos, tres ladrillos. Debajo tenía escondido los puros billetes de cien pesos en una bolsita de nylon.

No llevé nada de mis hermanas para mostrarles mi superioridad y escupirles mi desprecio. Solamente la ropa puesta y esa plata que era bien mía. Por suerte conocía el camino y lo que debía hacer: el ómnibus 150 me llevó a Retiro. A lo largo de Callao me despedí de Buenos Aires sin pena ni alegría. Eso quedaba para siempre y para otra gente.

Yo iba a lo mío: pasé la noche en la sala de espera del ferrocarril y en la mañana tomé el tren para el pueblo.

Todo esto ocurrió muy rápido, pero lo cierto es que llegué demasiado tarde. Ni tuve necesidad de llegar al rancho: apenas bajé del tren me encontré con el Pancho y la Hortensia. Ella abrió su boca sin dientes como un agujero mojado:

—¿No te contaron? Tu pobre viejo estaba en el desvío vendiendo quesillos cuando de repente apareció el expreso frutero. Claro que con una sola pata el pobrecito no pudo saltar muy lejos. No quedó nada entero del viejo ni de su canasto de quesillos. ¿Ustedes no supieron?

—Nada —le respondí—. ¡Y yo que quise darle la sorpresa de volver para ayudarle!

—Hubiera sido lindo para él —dijo el Pancho—. Eso justamente lo tenía jodido: que lo dejaron solo.

Igual que a papá empezó a bajarme el agua de los ojos.